

Revisión

La subjetividad en el mundo del trabajo: vivencias entre realidad psíquica y realidad material

PAULA KEGLER, RAFAEL LISBOA DOS SANTOS, MÔNICA MEDEIROS KOTHER MACEDO

PAULA KEGLER
Mg. en Psicología Clínica.
Faculdades Integradas de
Taquara (FACCAT), Taquara-RS,
Brasil.

RAFAEL LISBOA DOS SANTOS
Becario del Programa
Institucional de Bolsas de
Iniciación Científica/ Conselho
Nacional de Desenvolvimento
Científico e Tecnológico.
Pontifícia Universidade Católica
do Rio Grande do Sul (PUCRS).
Porto Alegre, RS, Brasil.

MÔNICA MEDEIROS KOTHER
MACEDO
Doctora en Psicología. Facultad
de Psicología de la Pontifícia
Universidade Católica do Rio
Grande do Sul (FAPSI/PUCRS)
Porto Alegre, RS, Brasil.

CORRESPONDENCIA:
Mg. Paula Kegler.
Avenida Willy Eugêncio Fleck,
1500/Casa 159, Bairro Sarandi,
Porto Alegre-
RS, Brasil;
paulakegler@yahoo.com.br

El papel desempeñado por la vida laboral en la construcción de la subjetividad humana denuncia la influencia de las determinaciones socioculturales en la interrelación del hombre con su ambiente. El trabajo se sitúa como un elemento de intersección entre la realidad psíquica y la realidad material permitiendo el bienestar físico y la protección de la vida; asimismo, ocupa un lugar de expresión de las inversiones que alimentan las condiciones de autoestima. De esta manera, el artículo presenta una reflexión sobre los efectos psíquicos derivados de un rompimiento con la actividad profesional en una cultura que privilegia la constante producción y consumo, atribuyendo al trabajo condiciones de poder, potencia y suceso. Se propone, a partir de una revisión bibliográfica, una reflexión acerca de las manifestaciones subjetivas en el ámbito de la vida laboral y de las exigencias de trabajo en la realidad psíquica frente a la ruptura con las inversiones dirigidas al trabajo en la realidad material.

Palabras clave: Vida laboral – Narcisismo – Sublimación – Psicoanálisis.

The Subjectivity into the Labor Environment: Experiences between Psychic Reality and Material Reality

The role developed by professional life in the construction of human subjectivity refers to the influence of some sociocultural determinations in the interrelation of a man with his environment. Labor is an element of intersection between the psychic reality and the material one allowing physical wellness and the protection of life; likewise, it occupies a place for expression of cathexis which nurtures the conditions for self-esteem. Thus, the article presents a comprehension about the psychic effects originated by a rupture with the professional activity in a culture that privileges the immediate production and consumerism, assigning to labor some conditions of power, potential and success. A literature review is proposed to think about the subjective manifestations into the professional environment and the labor related exigencies of psychic reality before a rupture directed to work in the material reality.

Keywords: Professional life – Narcissism – Sublimation – Psychoanalysis.

Introducción

El proceso de subjetivación humana sufre la influencia de las articulaciones que se establecen entre la historia individual y el contexto sociocultural. En la medida que las determinaciones sociales, políticas, económicas y culturales se van transformando, la subjetividad humana empieza a ser influenciada por esos cambios, constituyendo, así, una incesante necesidad de reconfiguración que denuncia la interdependencia del hombre con su ambiente. El tema de la vida laboral puede ser considerado un excelente modelo ilustrativo de las interacciones recíprocas entre lo que es interno y lo que es externo al sujeto. El trabajo se sitúa, entonces, como un elemento importante de intersección entre la realidad psíquica y realidad material.

El psicoanálisis propone una lectura de lo humano que tiene en cuenta la constante interacción del sujeto con el medio en que habita. La propia aproximación freudiana al estudio de la histeria permitió una reflexión acerca de los efectos de una época en el ejercicio de la sexualidad humana. Así, a partir de la concepción de inconsciente, sexualidad y de la importancia del otro en el proceso de constitución del psiquismo, se vuelve imposible reflexionar sobre la condición humana sin considerar las interfaces entre aspectos del mundo interno y del mundo externo. Se propone, entonces, una reflexión sobre la interacción hombre-trabajo y sus efectos en la subjetividad.

El rol del trabajo en la realidad psíquica

Ruffino [26], al abordar la noción de trabajo, considera la participación de múltiples regiones de la realidad cuestionando las realidades presentes en el trabajo social y en el trabajo psíquico. El autor resalta que en el trabajo social, la actividad tiene por actor el individuo humano y por escenario la realidad histórico-social. En el trabajo psíquico, a su vez, el escenario es el aparato psíquico y el actor, el operador que actúa nombrado como Yo. Para la comprensión de la forma en que la vida laboral sobrepone e intersecta distintas realidades es necesario un abordaje de la realidad material de la realidad psíquica.

En «Tres ensayos de teoría sexual», Freud [11] presenta su comprensión del desarrollo pulsional a partir de la *teoría del apoyo*, la cual consiste en la irrupción de la sexualidad apoyada en la autoconservación. Siendo el hambre la primera necesidad corporal del recién nacido, su saciedad es registrada como una *experiencia de satisfacción* de la necesidad biológica acompañada de un sen-

timiento de placer derivado del apaciguamiento de la tensión. De esta manera, el deseo de reproducción de la vivencia placentera en la realidad material permite el nacimiento de la fantasía y de la realidad psíquica. Para Roudinesco y Plon [25] la realidad psíquica se constituye como una idea que se utiliza en el Psicoanálisis para referirse a una forma de existencia del sujeto que se distingue de la realidad material, cuando es dominada por el imperio de la fantasía y del deseo. Así, los fantasmas inconscientes tienen, para el sujeto en su psiquismo, valor de realidad.

A partir del concepto de narcisismo desarrollado por Freud [13] en «Introducción del narcisismo», se inaugura el segundo dualismo pulsional, en el cual el propio ego se constituye como objeto de pulsión sexual (libido del yo o libido narcisista) y la otra cuota pulsional se dirige al mundo externo (libido del objeto). La transición del autoerotismo al narcisismo, posibilita otro destino de investidura libidinal. Así, la libido pasa a buscar objetos de investidura que están en el registro de la diferencia entre lo interno y lo externo.

Demostando la importancia del equilibrio entre la investidura en sí mismo y la investidura en el objeto, Freud [13] sugiere que necesitamos comenzar a amar para no enfermar. Este movimiento de investidura psíquica que opera, también, sobre la realidad exterior ofrece la garantía de que el narcisismo se mantenga saludable. Esta idea es retomada por Hornstein [17], quien propone un contrapunto entre el narcisismo patológico y el narcisismo trófico cuando afirma que el primero se configura en una existencia psíquica que no se asegura, desarrollándose en la constante necesidad de confirmar la identidad y la autoestima. El segundo, el narcisismo trófico, está asociado a aspectos libidinales manifiestos en la búsqueda de objetos que permite al sujeto mantener una cohesión yoica y una estabilidad en el sentimiento y en valor del sí mismo. El mismo autor [18] postula que el narcisismo trófico está en conformidad con la revelación freudiana sobre lo que sería necesario para mantener la salud psíquica: la capacidad para amar y trabajar; asimismo, considera que el narcisismo trófico nutre el psiquismo porque permite que sean cuidadas la identidad y la autoestima, manteniéndose al mismo tiempo el interés por otras metas y actividades. Por lo tanto, se puede decir que el narcisismo es trófico cuando representa una fundación para la constitución del yo, de los ideales, de los proyectos, de la simbolización y de la creatividad; cuando tiene una promoción de un equilibrio entre la realidad material y fantasma.

La necesidad de una relación equilibrada entre los contenidos de origen externo e interno al aparato psíquico está presente en la concepción freudiana de una constante tensión entre las dos realidades –psíquica y material– en la constitución de la subjetividad. En «La pérdida de la realidad en la neurosis y en la psicosis» [14] Freud habla de los efectos psicopatológicos de la neurosis y de la psicosis en la relación del sujeto con la realidad material. De acuerdo con el autor, una posición subjetiva saludable en relación a la realidad externa se configura de una composición entre la capacidad neurótica de hacer una adaptación a la realidad sin repudiarla y la potencialidad psicótica para transformar la realidad. Freud [14] dice que el comportamiento normal conduce a la realidad del trabajo en el mundo externo porque no se detiene, como en la psicosis, en los cambios internos. Así, la posibilidad saludable de realizar alteraciones en la realidad incluye la premisa de que esa realidad pueda ser compartida. En esta perspectiva, se puede sugerir que la realidad referente a la vida laboral está permeada por aspectos propios de la realidad material, a la cual puede transformar, y de demandas de la realidad psíquica acerca de las motivaciones y elecciones desconocidas al propio sujeto junto a la gratificación narcísica por el ejercicio profesional.

Sin embargo, se puede comprender la dimensión de la vida laboral a partir del modelo freudiano de la *teoría del apoyo*, pues por medio del trabajo el hombre obtiene satisfacciones concretas y simbólicas. Las primeras están relacionadas, especialmente, al bienestar físico y a la protección de la vida; las segundas, al asumir un significado simbólico, se unen a la producción de sentidos psíquicos intermediada por deseos y motivaciones que extrapolan el dominio de la consciencia. A partir de esas consideraciones, se puede reconocer que el objetivo primero del trabajo es sostenido por una conducta que tiene por objetivo satisfacer demandas de auto conservación. Apoyada en la necesidad de mantener el propio sustento, la vida laboral articula en el escenario de la vida psíquica posibilidades de promoción de experiencias de satisfacción. Luego, el trabajo se constituye como actividad central en la economía psíquica pues, además de proveer el sustento, ocupa –para el sujeto– un lugar de expresión de las investiduras pulsionales.

Se sabe que un desarrollo teórico acerca de la vida laboral no fue el objetivo central del Psicoanálisis en su origen. Por lo tanto, cuando se involucra una dimensión social de la práctica

humana, la temática del trabajo también se hace presente en los textos freudianos. En «El malestar de la cultura» [15], Freud hace referencia al trabajo, señalándolo como un importante camino frente a la tarea de evitar el sufrimiento. El autor se pregunta acerca de la existencia de una posible forma de búsqueda de placer y felicidad sin satisfacer a la totalidad de pulsión. Asimismo, afirma que tornarse miembro de una comunidad humana y contar con la ayuda de técnicas orientadas por la ciencia, constituye una solución para sujetar la naturaleza a la voluntad del hombre. Se trabaja, entonces, teniendo como objetivo alcanzar un bien común.

La teoría freudiana muestra que el nacimiento de la civilización solamente fue posible gracias a la renuncia de una parte de la libertad pulsional en trueque de seguridad. De esta manera, los desplazamientos de la libido, propios del funcionamiento psíquico, atienden a dos propósitos: la satisfacción de la pulsión sexual y la cohesión social. La concepción freudiana acerca de la actividad profesional la sitúa como un método para la conducta de la vida humana que tiene preso el individuo a la realidad material, ofertándole un lugar seguro en que se constituye como un modelo del amparo contra el sufrimiento psíquico. En ese contexto, la vida laboral ofrece la posibilidad de suavizar la imposición de la vivencia intensa de placer por el intermedio de la realidad externa.

El trabajo es el principal elemento que permite la producción y la manutención de las relaciones entre las personas en una sociedad. Enriquez [8] atribuye a la vida laboral la responsabilidad en la organización de los enlaces sociales. En esa perspectiva, Costa [6] inscribe el trabajo en un campo necesariamente relacional, por ser altamente propicio para las relaciones humanas y lo sitúa como un campo del inconsciente. De acuerdo a la autora, en el trabajo están involucrados la realidad psíquica, la dimensión simbólica y los cambios afectivos interpersonales. Se puede considerar, entonces, que el proceso de subjetivación está siempre junto con las vivencias intersubjetivas en la infancia y encuentra en la vida adulta al trabajo como elemento constituyente y fundamental de la personalidad humana.

Ferraz [9] y Camerini [4] demuestran que en ciertos momentos, el trabajar puede ser simbolizado como una modalidad de jugar. Winnicott [27] sitúa el jugar en un espacio potencial que es un área intermedia entre el sujeto y el objeto, una realidad que es al mismo tiempo psíquica y material.

La concepción winnicotiana considera el espacio potencial como parte de la organización del sí mismo en que fue desarrollado para dar cuenta de una vivencia ingeniosa del bebé, necesaria en las situaciones en que la madre no está presente. A partir de un juego libre entre el mundo subjetivo y el mundo objetivamente percibido, el bebé puede fantasear la presencia de la madre ejerciendo una experiencia de confiabilidad en el ambiente. El autor identifica que por medio de la fantasía, el bebé evita la separación de la madre llenando el espacio potencial con el jugar creativo, con los símbolos y con toda la representación de una vida cultural.

Se percibe entonces que el espacio potencial contempla el universo de la constitución y del ejercicio de la función simbólica del psiquismo traducidos en el juego y en la creatividad. Por medio del jugar el niño y el adulto experimentan libertad suficiente para crear al mundo y crear al sí mismo [10]. Para Winnicott [27] hay una evolución del juego en la niñez para las experiencias culturales en la vida adulta, situando los dos en un espacio potencial. Hornstein [18] apunta el espacio potencial como un medio fundamental para entrar en la vida social y cultural. Por lo tanto, el significado psíquico de la vida laboral, considerada como una experiencia de la cultura, puede tener la misma esencia del jugar infantil. A partir de la historia personal en el ámbito del trabajo, como atribución de un vivir creativo y constructivo, el sujeto singulariza su capacidad simbólica y las experiencias vividas en el espacio potencial, por medio de la transformación de la cultura y del sí mismo.

Las acciones que cambian la realidad material son para Ruffino [26] producto de la energía del trabajo. El autor describe que el vocablo *trabajo* registra innumerables niveles de actividades realizadas por el hombre, pero también otras realizadas en el hombre. Esa dinámica de límites no fácilmente identificables, posibilita a la vida laboral cumplir una función reguladora y de equilibrio entre lo que es psíquico (producto del inconsciente) y lo que es externo al sujeto. Como resultado, se percibe la búsqueda por la satisfacción pulsional por medio de una construcción simbólica y no de una descarga directa. Hornstein [18] considera que un cierto equilibrio entre fantasía y realidad promueve al acceso a los fenómenos culturales constituyéndose como aspecto productor de salud narcísica.

La temática del trabajo y su relación con el narcisismo toman importancia en la medida en que el sujeto destina una importante cantidad de carga

psíquica de investidura en la vida laboral, o sea, la función narcisista del trabajo es servir de objeto de investidura pulsional. En «El malestar de la cultura», Freud hace referencia al trabajo relacionando las interacciones recíprocas entre narcisismo y libido objetal. El autor demuestra que la significación del trabajo para la economía de la libido vive en la posibilidad de «desplazar una gran cantidad de componentes libidinales, sean ellos narcisistas, agresivos o inclusive eróticos, hacia el trabajo profesional, y hacia los relacionamientos humanos vinculados a él, dándole un valor que de ninguna manera está en segundo plano en cuanto al gozo de algo indispensable a la preservación y justificación de la existencia en sociedad» [15:88].

Esa modalidad de desplazamiento libidinal, tan importante para el desarrollo de la civilización, que permite la transformación de la pulsión en trabajo constructivo y creativo, es denominada por Freud *sublimación* [11,12,15]. Puede decirse, entonces, que la capacidad psíquica para el trabajo adviene de un desplazamiento sublimatorio. De acuerdo con Nasio [24], la sublimación puede ser comprendida como la expresión más elaborada y socializada de la pulsión. Hornstein destaca que, por medio de la sublimación, el nuevo objetivo de la pulsión debe estar sometido a la categoría de valor socialmente compartido. Estando el objeto con una reinvestidura de un valor social, se puede decir que ese proceso está intrínsecamente relacionado a las aspiraciones narcísicas, porque es apto para promover la satisfacción por medio de un desplazamiento de la libido para algo que, en el exterior, sea valorizado por el yo.

Se percibe la necesidad de considerar las relaciones del narcisismo y de la sublimación con la dimensión de los ideales. Hornstein [16] considera como característico del sujeto adulto, el ideal del yo como instancia reguladora de la autoestima de cada uno, refiriéndose a los valores internalizados por el sujeto, derivados de su historia singular. El ideal del yo permite la vivencia de la satisfacción en la vida adulta. La autoestima sería el producto final de aquello que el yo puede cumplir en relación a las exigencias de lo ideal. Asimismo, sostiene que el objeto y las relaciones cumplen funciones narcísicas de sustento de la autoestima y de la propia identidad del yo [16]. El ideal del yo posibilita un rumbo a las investiduras que vinculan al sujeto a un quehacer en la realidad. Puede decirse, entonces, que el trabajo y la función ejercida en la actividad profesional están entrelazados a los procesos de identificación del sujeto. Hornstein [16] reconoce que la calidad de las rela-

ciones con los objetos interfiere en el sentimiento de estima de sí, al afirmar que en la medida en que el yo va constituyéndose, va también incorporando cualidades y trazos de los objetos. Las investiduras en las relaciones de trabajo pueden, según el autor, transformarse en una fuente de valorización para el sujeto.

La constitución y la valoración del yo es siempre referida a algo que es externo y representado en la relación con los otros. Así, Coelho [5] habla del modo como las experiencias con las personas en una sociedad y de las relaciones de trabajo tienen el rol de reeditar el valor del narcisismo de cada uno. La autora afirma que el trabajo produce sentidos para el ser humano porque coloca al sujeto en una relación de reconocimiento mediada por lo que él produce y por las relaciones con los otros, las cuales se hacen presentes en el acto de trabajar. Puede considerarse, entonces, que el narcisismo en el contexto laboral está relacionado con la posibilidad del sujeto de utilizar su real competencia y de obtener el reconocimiento social a través de su trabajo. En este sentido, se constata la importancia del papel de la realidad material del trabajo en la construcción de la imagen de sí mismo y en el mantenimiento del equilibrio de las investiduras libidinales propias de la realidad psíquica.

El valor del trabajo en la realidad material

Efectos en la producción de subjetividad

Ante la concepción de que el sujeto y la cultura están en constante interacción y de que la vida laboral penetra tanto en la realidad psíquica como en la realidad material, las importantes transformaciones socioculturales de la contemporaneidad se reflejan directamente en las relaciones de trabajo. Así, Ferraz [9] enfatiza que el valor del trabajo está amarrado al significado que tiene en la cultura. En este contexto, se destaca el importante rol que la actividad de trabajo cumple al compartir ideales colectivos. El actual momento relativo a la vida en sociedad ha sido caracterizado por Bauman [2], por la apelación a la velocidad, a la constante producción y al continuo consumismo. Utilizando la metáfora de los líquidos para ilustrar la movilidad, la fluidez y la constante renovación de estímulos propias de la sociedad contemporánea, para el autor actualmente se vive una *modernidad líquida*.

Se observan, todavía, los atributos del contexto contemporáneo en las denominaciones de *cultura del narcisismo* [21] y de *sociedad del espectáculo* [7] El centramiento en sí mismo de la *cultura del*

narcisismo de Lasch [21], valuado y socialmente legitimado, se refiere a un exceso de cuidado con el propio yo que se transforma en un objeto para ser admirado. La apariencia y la faceta estética de la subjetividad definen el criterio fundamental de la existencia. De esta forma, Birman [3] señala que en la cultura de la estética del yo, el sujeto vale por lo que parece ser, mediante las imágenes producidas para presentarse en la escena social. Esta presentación tiene el carácter de una exhibición, o sea, el sujeto exhibe una performance en la cual puede crear una imagen de sí mismo hasta el punto de parecer con lo que juzga ser ideal. En ese sentido, puede construirse a los ojos de los otros como alguien que acierta siempre y consigue todo lo que quiere, sin espacio para las frustraciones, límites, dolores e infelicidades. La *sociedad del espectáculo*, tal como la presenta Debord [7], manifiesta el ideal de la felicidad y de las sensaciones, así como la concepción de la vida como entretenimiento. Asimismo, Birman [3] considera que por la estética de la existencia y de la inflación del yo, se puede hacer la junción de las interpretaciones de Debord y Lasch, ya que la exigencia de transformar los obstáculos de una vida en arte evidencia el narcisismo que el individuo debe cultivar en la sociedad del espectáculo.

Puede percibirse la influencia de esos valores culturales, también, en el ámbito de la vida laboral. Es innegable que la actividad profesional proporciona, más allá del sustento financiero, un sostén simbólico que tiene valor, constituyéndose como símbolo de autonomía, de integración y como un posible camino en dirección a la ascensión social. Según Abraham [1], el trabajo propicia a los sujetos la sensación de totalidad y completitud. Junior [20] define lo que la economía capitalista presenta como posibilidad: el dominio irrestricto del hombre sobre el ambiente y sobre sí mismo. Según el autor, el hombre contemporáneo es visto como un ser capaz de alcanzar niveles de productividad y calidad cada vez más altos y de aprovechar ilimitadamente las oportunidades que se le presentan: con un poco de esfuerzo y espíritu de competencia, el sujeto puede obtener todo.

Siendo así, desde la perspectiva capitalista contemporánea que privilegia la constante producción y atribuye al trabajo aspectos de poder, potencia y suceso para que el hombre sea socialmente valorizado, no es suficiente que él esté trabajando. Melman [23] afirma que la valorización social del sujeto solamente podría verificarse en cuanto se es capaz de altas *performances*, o sea, en cuanto la participación en el juego social o en la actividad

económica se encuentra efectivamente reconocida. Así, además de su inserción en el mercado de trabajo, el sujeto contemporáneo necesita atender también a una exigencia de *performance* productiva en la esfera de la actividad profesional, que se transforma en un escenario más en el cual debe mostrarle al mundo su indiscutible potencia y competencia productivas.

A partir de una lectura sociológica, se percibe una íntima relación de las alteraciones en las relaciones de trabajo contemporáneas con las conceptualizaciones psicoanalítica del narcisismo y de los ideales. La autoestima es, según Hornstein [18], sostenida por el entramado social. Así, poder y éxito son valores asociados a los ideales contemporáneos, son exigencias narcísicas cuando se hace referencia al mundo del trabajo. Jerusalinsky [19] menciona el trabajo como una importante instancia creadora de valor subjetivo; el rompimiento con la posibilidad de direccionar inversiones psíquicas a la vida laboral, sea por condiciones precarias del ambiente de trabajo, inestabilidad, alejamiento, desempleo, jubilación o cualquier modificación en los vínculos con el trabajo, pone en cuestión el valor narcisista del sujeto frente a las demandas de inserción social. Si el trabajo es algo que da al hombre la garantía de valor, en las situaciones en que el sujeto está imposibilitado de alcanzar el reconocimiento social a través de su actividad profesional, él no encuentra un lugar en que pueda hacerse valer.

Las consecuencias psíquicas de estas vivencias se refieren a alteraciones en el sentimiento de sí. Jerusalinsky [19] sostiene que las rupturas realizadas en los sistemas representativos de la subjetividad pueden ser causa de sufrimiento psíquico y tener efectos psicopatológicos, por lo que se recurre al análisis. En la medida en que la cultura anuncia valores contemporáneos como exhibicionismo, transitoriedad, centramiento en sí mismo, productividad y consumo, se percibe el aumento de vivencias en conflicto con la vida laboral en calidad de productora de un vivir constructivo y creativo así como con las relaciones humanas en el ambiente de trabajo. Cuando el sujeto percibe algún tipo de falla en la capacidad de destinar inversiones psíquicas al mundo del trabajo (desde la realidad material o desde su realidad psíquica), la imposibilidad del reconocimiento de valor cultural puede

ser comprendida como una vivencia de crisis en este sistema de representación psíquica. Siendo así, es evidente que para los sujetos, cuyo valor del sí mismo y el destino de sus inversiones pulsionales están amarrados a las ganancias originadas del trabajo, cualquier dificultad de satisfacción o la ocurrencia de rupturas en el ámbito de la vida laboral pueden constituirse en importante fuente de falencia o padecimiento en su realidad psíquica.

Consideraciones finales

A partir de estas consideraciones, se puede percibir que la vida laboral es el resultado de los efectos de la economía social en la economía psíquica. Caracterizada por lo efímero, la economía globalizada exige del sujeto trabajador un desempeño a la velocidad de los tiempos actuales. Por otro lado, el trabajo de administrar inversiones propias de la economía psíquica exige otro ritmo, no siempre capaz de responder a esta velocidad. Maia [22] apunta la paradoja en la que vivimos: el proceso de constitución de la subjetividad pide tiempo, y la cultura contemporánea exige instantaneidad.

Situar la vida laboral en un espacio potencial, un área de frontera entre el mundo externo y el mundo interno, posibilita al trabajo ejercer una función de recreación tanto de la realidad psíquica como de la realidad material por medio de acciones recíprocas de una sobre la otra. La inversión libidinal en el ejercicio de una función profesional estimada por el sujeto, contribuye al sentimiento de valor sobre sí mismo y de inserción en una realidad social productiva. Así, en el sistema sociocultural contemporáneo en el cual el trabajo ocupa el espacio de un objeto por excelencia de inversión pulsional, la desocupación puede configurarse como una vivencia que cuestiona las estructuras subjetivas.

Lo antes expuesto, permite destacar el valor de la subjetividad en las experiencias relativas al mundo del trabajo; tanto en la actividad profesional, como en las relaciones interpersonales por ella proporcionadas, se enfatiza la importancia de contemplar las demandas subjetivas que advienen de la singularidad de experiencias que se dan en el tiempo psíquico y exigen necesariamente un trabajo de elaboración del sujeto frente a lo vivido.

Referencias

1. Abraham T. Estética da existência e pós-capitalismo. In: APPOA (Associação Psicanalítica de

Porto Alegre), O valor simbólico do trabalho e o sujeito contemporâneo. Porto Alegre: Artes e

- Ofícios; 2000. pp.13-20.
2. Bauman Z. *Modernidade líquida*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Editor; 2001.
 3. Birman, J. *Mal-estar na atualidade: a psicanálise e as novas formas de subjetivação* (6ª ed.). Rio de Janeiro: Civilização Brasileira; 2007.
 4. Camerini M. *Criança em oficina: da licença poética às cicatrizes do texto*. In: Associação Psicanalítica de Porto Alegre, *O valor simbólico do trabalho e o sujeito contemporâneo*. Porto Alegre: Artes e Ofícios; 2000. pp.145-50.
 5. Coelho R. *A psicanálise nas organizações: seus fundamentos, seus desafios*. *Correio da APPOA*. 2010; 188: 27-36.
 6. Costa A. *Deslocamentos das referências: o trabalho do apelo*. In: Associação Psicanalítica de Porto Alegre, *O valor simbólico do trabalho e o sujeito contemporâneo*. Porto Alegre: Artes e Ofícios; 2000. pp.151-56.
 7. Debord G. *A sociedade do espetáculo*. Rio de Janeiro: Contraponto; 1997.
 8. Enriquez E. *Perda do trabalho, perda da identidade*. In: Nabuco MR, Neto AC (Orgs.) *Relações de trabalho contemporâneas*. Belo Horizonte: IRT (Instituto de Relações do Trabalho) da PUC Minas; 1999. pp.69-83.
 9. Ferraz FC. *O mal-estar no trabalho*. In: Volich R, Ferraz F, Arantes M. (Orgs.) *Psicossoma II: Psicossomática Psicanalítica*. São Paulo: Casa do Psicólogo; 1998. pp.163-73.
 10. Franco SG. *O brincar e a experiência analítica*. *Revista Ágora*. 2003; 6(1):45-59.
 11. Freud, S. *Três ensaios sobre a teoria da sexualidade*. In: Strachey J. (editor & trad.) Edição Standard Brasileira das Obras Psicológicas Completas de Sigmund Freud. Rio de Janeiro: Imago; 1905/1996. Vol. 7, pp. 119-229.
 12. Freud S. *Leonardo da Vinci e uma lembrança de sua infância*. In: J. Strachey (editor & trad.) Edição Standard Brasileira das Obras Psicológicas Completas de Sigmund Freud. Rio de Janeiro: Imago; 1910/1996. Vol. 11, pp. 67-141.
 13. Freud S. *À guisa de introdução ao narcisismo*. In: Hanns LA (editor & trad). *Obras Psicológicas de Sigmund Freud – Escritos sobre a psicologia do inconsciente*. Rio de Janeiro: Imago; 1914/2004. Vol. 1, pp. 95-131.
 14. Freud S. *A perda da realidade na neurose e na psicose*. In: Strachey J. (editor & trad). Edição Standard Brasileira das Obras Psicológicas Completas de Sigmund Freud. Rio de Janeiro: Imago; 1924/1996. Vol. 19, pp. 203-9.
 15. Freud S. *El malestar em la cultura*. In: Etcheverry JL, OC. *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu; 1930/1990. Tomo 21, pp. 65-148.
 16. Hornstein L. *Introdução à Psicanálise*. São Paulo: Editora Escuta; 1989.
 17. Hornstein L. *Amor sin fronteras*. In: Lerner H. (comp.) *Psicoanálisis: cambios y permanencias*. Buenos Aires: Libros de Zorzal; 2003. pp. 69-83.
 18. Hornstein L. *As depressões: afetos e humores do viver*. São Paulo: Via Lettera, Centro de Estudos Psicanalíticos; 2008.
 19. Jerusalinsky A. *Prefácio*. In: Associação Psicanalítica de Porto Alegre, *O valor simbólico do trabalho e o sujeito contemporâneo*. Porto Alegre: Artes e Ofícios; 2000. pp. 9-10.
 20. Júnior LE. *As relações de trabalho contemporâneas e a perversão*. In *Revista Reverso*. 2008; 30(56):103-10.
 21. Lasch C. *A cultura do narcisismo*. Rio de Janeiro: Imago; 1983.
 22. Maia M. *Extremos da alma: dor e trauma na atualidade da clínica psicanalítica* (2ª ed.). Rio de Janeiro: Garamond; 2005.
 23. Melman C. *O homem sem gravidade: gozar a qualquer preço*. Rio de Janeiro: Companhia de Freud; 2003.
 24. Nasio JD. *Lições sobre os 7 conceitos cruciais da Psicanálise*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Editor; 1997.
 25. Roudinesco E, Plon M. *Dicionário de Psicanálise*. Rio de Janeiro: Zahar; 1998.
 26. Ruffino R. *Do trabalho psíquico ao trabalho social*. In: Associação Psicanalítica de Porto Alegre, *O valor simbólico do trabalho e o sujeito contemporâneo*. Porto Alegre: Artes e Ofícios; 2000. pp.178-204.
 27. Winnicott DW. *O brincar e a realidade*. Rio de Janeiro: Imago; 1975.